

La misma autora reconoce que estas corrientes aristotélicas no son las más relevantes y que, como ya otros han establecido, fue el tomismo aristotélico el de mayor gravitación en las mentes novohispanas. Pero al insistir en las diferentes versiones de la filosofía de Aristóteles quiere subrayar el carácter ecléctico de la filosofía novohispana tal como se da en la obra del mercedario Juan Benito Díaz de Gamarra. A mi ver, la confesión de Aspe no exige más pruebas. Su libro, entonces, debe verse como la demostración de lecturas alternativas, no escolásticas, de Aristóteles.

Y en esto España y la Nueva España no harían más que ejemplificar algo que era ya sabido desde la recuperación de los textos de El Filósofo a partir de los siglos XII y XIII. Porque tratar de la filosofía de Aristóteles como un sistema cerrado o completo, como el hegeliano o el cartesiano o el marxiano, es grave error.

Por momentos el texto está escrito en un lenguaje modernista (los conceptos de imaginario y contextualismo, por ejemplo) que no son más que concesiones de la autora a la academia que poco importan, pero sí preocupa el uso de términos ideologizados, como cuando habla de «invasión» en lugar de descubrimiento y conquista. Esto ya es preocupante, como lo es también el desconocimiento de obras señeras que hacen a la «escuela del silencio», por ejemplo, en torno a la erudita y copiosa producción de Francisco Elías de Tejada. Lo que es imperdonable. A más, se notan ciertos reduccionismos no muy adecuados como los apuntados al comienzo. No obstante, se trata de un libro muy útil si se lo sabe leer más allá de estas observaciones.

Juan Fernando SEGOVIA

Carlos Sola Ayape, *Falangista e informante del franquismo. El padre Mateo y su viaje a México en 1947*, Ciudad de México, Fontamara, 2016, 227 pp.

El autor de este trabajo –historiador navarro, desde 1999 profesor-investigador en el Tecnológico de Monterrey de Ciudad de México, es miembro del mexicano Sistema Nacional de Investigadores y de la española Real Academia de la Historia– ha indagado en los últimos años sobre las intrincadas relaciones entre México y España

durante la guerra civil, el franquismo y la llamada transición democrática. Esto le ha llevado, entre otros campos de exploración, al estudio del hispanismo mexicano y del exilio republicano en México. A la fecha, sus investigaciones han dado cuerpo a una prolífica obra de consulta obligada para los especialistas. En esta ocasión, el libro reseñado –que cuenta con un prólogo del historiador franco-mexicano Jean Meyer– trata sobre el viaje a México de un sacerdote español a comienzos de 1947. El hallazgo del informe redactado por este eclesiástico, exhumado en el antiguo Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, fue el desencadenante de este libro. Básicamente, el relato pone al alcance de los interesados lo substancial del informe –antes inédito– con su correspondiente contextualización histórica y el perfil biográfico de los principales implicados.

Ahora bien, ¿quién fue Andrés María Mateo? Oriundo de Villabrágima, Valladolid, en 1903, fue ordenado sacerdote en 1929. Perteneció a la diócesis de Valladolid y luego a la de Madrid a partir de 1939. En 1934 obtuvo el grado de Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid. Con el estallido de la guerra civil se sumó al alzamiento, registrándose en las filas de Falange Española de las J.O.N.S. Desde 1935 fue funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, siendo destacado en el Archivo General de Simancas hasta que obtuvo la excedencia voluntaria en 1949. A partir de 1944 fue además profesor de Formación política en la Universidad de Madrid, y entre 1940 y 1941 director del Aula de Cultura –anterior Ateneo de Madrid–. Este sacerdote vallisoletano fue también colaborador de la organización católica Pax Romana –cuyo presidente fue Joaquín Ruiz Giménez– y encargado de los asuntos religiosos del Instituto de Cultura Hispánica, donde era colaborador del boletín mensual y redactor de *Panorama Católico*. Mateo cultivó con ímpetu el periodismo, y sus artículos fueron leídos en periódicos como el falangista *Arriba*. Su hábil pluma también gestó varios libros de doctrina y apologética hispanista. En resumen, cuando inició el camino a México la trayectoria del padre Mateo le avalaba como un hombre de confianza para el régimen de Franco.

Para no obviar el entramado del relato, recuérdese que el gobierno mexicano apoyó al bando frentepopulista durante la guerra



civil española y, culminada ésta acogió al exilio republicano, reconoció a sus cortes trashumantes y desconoció al gobierno de Franco hasta su desaparición. Tras la Segunda Guerra Mundial, en junio de 1945 –con el protagonismo de la delegación mexicana– durante la Conferencia de San Francisco el régimen franquista fue asociado con las derrotadas potencias fascistas, y a resultas de esto se le condenó internacionalmente para dejarle al margen de la ONU. El régimen de Franco tuvo entonces que emprender –en el incipiente marco de la Guerra fría– una campaña propagandística para contrarrestar la reproducción de esa mala imagen, donde el catolicismo, la hispanidad y el anticomunismo fueron las banderas desplegadas para superar el aislamiento al que parecía destinado. Aprovechando una invitación para dictar conferencias en California, el estudio de Sola revela que el padre Mateo se trasladó a América para predicar «la verdad de España» y antes se ofreció como informante del régimen franquista en Estados Unidos y México. Para que pudiera elaborar un concienzudo informe sobre un terreno tan estratégico como el mexicano –que a la sazón arrancaba la presidencia de Miguel Alemán–, recibió el apoyo económico del Ministerio de Asuntos Exteriores por entonces en manos de Alberto Martín Artajo. Dice Sola Ayape que «la premisa no era otra que conocer para saber y saber para actuar».

En su periplo Mateo creó una red de contactos entre quienes en gran medida fueron sus interlocutores y confidentes: una serie de intelectuales hispanistas vinculados con el conservadurismo mexicano. En especial los combativos Alfonso Junco y Jesús Guisa y Azevedo –campeones defensores del franquismo en México–, los hermanos Sánchez Navarro y Peón, el escritor Alejandro Avilés y el arzobispo Luis María Martínez. En buena medida, las impresiones de México recogidas por Mateo durante su visita de tres semanas fueron la reproducción de sus conversaciones con este grupo de católicos mexicanos. Agudamente, Sola Ayape indica que la selección de cómplices tan afines a su pensamiento no llevó «sino [a] recrear los preceptos de un imaginario compartido».

A través de Sola, sabemos que dicho informe tuvo como temas centrales: la percepción que había de España en México, el calado y las expectativas del hispanismo en suelo mexicano, la evaluación de

las fuerzas de la derecha local, el arraigo real del comunismo y los principales rasgos del régimen político emanado de la Revolución mexicana. Bajo estas condiciones, el entonces padre Mateo descubrió que a la sazón prevalecía una percepción prejuiciada de México en España. En la península, cierta propaganda había generado la imagen de un país plagado de «cuervos rojos», pero he aquí que este sacerdote aseguró encontrar un pueblo con ecos cidianos, profundamente hispánico y católico. Por esto Mateo consideraba difícil entender la todavía fresca derrota cristera: «¿Cómo, sobre una masa de tantos quilates religiosos, de tan exquisita sensibilidad creyente, pudo enseñorearse un régimen demoledor de la espiritualidad?, se preguntaba. El sistema político mexicano fue objeto de severas críticas por parte del padre Mateo, y su perpetuación la atribuyó al cinismo y desvergüenza del régimen, aunado a la pasividad popular. Para su sorpresa, ese pueblo mexicano se mostraba ante sus ojos como un pueblo fervientemente admirador de España y reverencialmente atento a todos sus avatares. A su modo de ver, no eran pocos los mexicanos que simpatizaban con esa España de Franco que entonces era la suya. Más aun, el guadalupanismo parecía muy prometedora como vínculo hispanista entre ambos pueblos. Para Mateo, un pueblo tan devoto como el mexicano no podía ser sino refractario al comunismo. Por esto, el informante suscribió la tesis de un divorcio entre el pueblo mexicano y su gobierno. Contradijo Mateo, pues, las versiones que señalaban la existencia de un México cuasi-comunista y argumentó que en realidad el discurso oficioso encajaba más con un nacionalismo revolucionario y antiimperialista.

Entre los temas más llamativos de su testimonio, estuvo la situación política de México. En unas reflexiones de interés, Mateo tuvo ocasión de sopesar la presencia de unas importantes derechas cuyos exponentes eran tanto el sinarquismo como el Partido Acción Nacional, organizaciones que, a su modo de ver, podrían llegar a triunfar bajo la inspiración del modelo franquista. Con todo, su análisis de esas fuerzas –cuestionable en varios incisos– logró detectar con claridad algunas de las graves discrepancias entre ambas formaciones, y enseguida advertir que el principal obstáculo para una exitosa contrarrevolución en México estaba en esa bicefalía difícilmente superable. Desde este ángulo, las perspectivas de un cambio



político en México que fuera favorable al gobierno de España, así como a una unidad hispánica bajo el liderazgo peninsular, no parecía libre de escollos. Por todo esto, Mateo consideró indispensable la creación de «un frente único capaz de crear un cauce de opinión pública, rigurosa e intransigentemente nacional, que salvase a México de todo vasallaje larvado».

En lo que respecta al ideal de la hispanidad, otras de las conclusiones de Mateo durante su experiencia americana parecen ser particularmente sugestivas: afirmó que «[...] la hispanidad sólo la sentimos los españoles de un modo universal y sin recelos. El nicaragüense siente la hispanidad a Nicaragua y a España, pero no se entiende con Costa Rica o con El Salvador. El peruano puede gritar ¡viva el Perú! y ¡viva España!, pero en cambio tiene recelos con Bolivia y con Argentina». En estas líneas Mateo entreveía las dificultades que para la consecución de la unidad hispana representaban las rivalidades entre los diversos nacionalismos hispanoamericanos, un pecado del que, discutiblemente, parecía quizás eximir al nacionalismo español.

Finiquitado su viaje, la trayectoria del padre Mateo parece algo rocambolesca. En el extranjero, a caballo entre México y Estados Unidos, Sola Ayape nos indica que Mateo rompió con el franquismo y justificó su decisión por «las ideas democráticas que siempre [había] profesado». En 1958 abandonó el catolicismo para abrazar, según nos cuenta Sola, el protestantismo. Luego Mateo se convirtió en un tenaz maestro de la «Ciencia de la Física Mental» —«una suerte de método de realización personal»— y se casó con una actriz de doblaje, la mexicana Amalia Ferriz. Tal fue la sinuosa ruta de esta suerte de Lammenais contemporáneo.

Sola Ayape nos ofrece un libro bien escrito, apuntalado por la consulta de abundantes fuentes archivísticas, hemerográficas y bibliográficas. Si bien considero que, en lo que respecta a la descripción del contexto, habría resultado muy conveniente ampliar las referencias bibliográficas para tener un contrapunto frente a las dominantes interpretaciones de la historiografía académica *progresista* —por llamarla de algún modo—, Sola consigue una narración ágil, relativamente ajena a las marcadas filias y fobias que de ordinario caracterizan el abordaje de este género de obras. Para evocar

la metáfora del historiador Lorenzo Meyer, el libro de Carlos Sola Ayape aporta mucho al mejor conocimiento de un capítulo más de las complejas relaciones entre «el cactus y el olivo».

Rodrigo RUIZ VELASCO BARBA

Manuel Andreu Gálvez y Gustavo Garduño Domínguez (coords.), *América en el mundo hispánico. Una revisión jurídica, histórica y política*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA), 2019.

La obra colectiva que a continuación reseñamos fue publicada para conmemorar, el 22 de abril de 2019, los quinientos años de la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz y su cabildo, el primer ayuntamiento en tierra firme en la Nueva España, si bien no el primero en el continente americano. Sin embargo, la obra excede tan específico objeto, constituyendo en realidad una revisión de diversos aspectos institucionales de los Reinos de Indias, sin limitarse al siglo XVI. La obra revisitó la suficiente importancia el año de su publicación, tanto en España como en México, que se votó y permitió su presentación en el Senado de España. En México tuvo también una gran importancia: no fue presentado en cámara legislativa alguna, pero diversas instituciones educativas y culturales solicitaron su presentación, constituyendo la principal conmemoración del evento.

Está dividida la obra en cuatro partes. La primera se aboca al estudio de algunas instituciones locales durante el siglo XVI: el municipio indiano, la administración de justicia, las vicisitudes burocráticas de los primeros migrantes peninsulares y la fundación de las primeras ciudades. La segunda parte, plantea la traslación de ciertos modos de pensar, más que detalles de instituciones concretas. La tercera parte, estudia algunas afectaciones institucionales experimentadas a raíz del advenimiento de la Ilustración. Y la cuarta, reúne estudios en torno a vínculos supervivientes entre las naciones hispanas. Bajo estos tópicos, dieciséis autores procedentes de ambos lados del Atlántico unieron sus esfuerzos para tan ingente obra.

Patricia Rizo Morales, investigadora en la Universidad Panamericana (campus Mixcoac), contribuyó con el texto «De la conformación familiar nahua a la institución de la familia novohispánica»,